

PEQUEÑOS RELATOS INVENTADOS (2)

PEDAZOS DE UNA VIDA LOCA



La soledad de la locura y el dolor que genera...

y la liberación que produce soltar el miedo.

Parecía ayer pero no, habían pasado muchos años. Muchos años de dolor vividos en soledad. Nadie supo nunca nada, o quizás quisieron dejar de saber tras insistir e insistir al principio sin obtener resultado alguno de aquellos intentos.

Fueron tardes acostada en la cama, haciendo poco más que alimentar su mente con una vida paralela a su vida real. Noches ante la TV llorando junto a los protagonistas su mismo dolor. Años de trabajos de fin de semana para llenar sus horas de algo más que su continua y pesada soledad. Ahora me pregunto cómo pudo hacerlo. Y, algo más, cómo pudo sobrevivir a todo eso.

Su momento actual se había repetido en su vida en muchas ocasiones. Sentía la misma sensación que aquellas primeras veces: con las ventanas abiertas, para refrescarse del calor de las noches de verano, escuchaba a la gente por las calles y deseaba estar ahí, con alguien, haciendo algo. Deseaba reír, compartir, hablar, escuchar,... deseaba confiar, deseaba vivir.

Pero no podía. Algo muy fuerte dentro de ella le impedía romper esa barrera. Y se quedaba ahí, detrás, queriendo gritar y pedir ayuda para salir pero sin poder hacer nada. Sólo el llanto y la soledad le acompañaban, como siempre.

Cada vez que se repetía esta situación (quizás pasaban años de una vez a otra) se aterrorizaba al sentir que se encontraba en el mismo momento que al principio. Que de nada había servido todo su esfuerzo personal por sanar. Y, aunque en realidad, ella nunca era la misma y sí que iba evolucionando, era bien cierto que le resultaba imposible salir, llamar, pedir ayuda.

Por un momento, recordó a su vecino del piso de abajo. Aquel que siempre le llamó la atención cuando era pequeña porque nunca pudo salir a la calle. Siempre fumando, vigilante desde su balcón. Que curiosa coincidencia entre aquellas dos almas que acabaron viviendo de la misma manera.

Un día me contó su historia. Lloré junto a ella y alguna pequeña parte de ella se liberó. Ya no quería estar sola, quería dejar de ser prisionera de sus miedos. Pero no sabía cómo hacerlo.

Quizás por eso mismo. Porque su cabeza siempre se preguntó cómo tenía que hacer para hacer amigos, cómo tenía que hacer para pasar una tarde divertida, cómo tenía que hacer para ser una más,... Y precisamente ahí se encontraba la llave que iba a resolver su mayor condena: no había un cómo, no había nada... Sólo se trataba de SER, de dejarse estar allá donde fuese, sin más, confiando en la belleza de la vida y de las personas.

Una noche de verano, igual que todas las vividas hasta el momento, salió al balcón y permaneció ahí un buen rato. Mientras respiraba profundamente, dejó que su cuerpo se impregnase de la vida que acontecía ahí mismo en ese momento. Y se llenó de ella.

Justo en ese momento sintió dentro de ella, con gran diferencia, las dos partes que en ella habitaban. Sintió el miedo, que la paralizaba, que le contaba fábulas engañosas sobre la vida para que permaneciera escondida. Y sintió, igualmente, su fuerza, la vida que habitaba dentro de ella, la vida que ella era. Y sólo entonces supo qué hacer.

Siempre había sido esa la salida: tan difícil como soltar el miedo, que la tenía tan cómodamente protegida y hacer lo contrario de lo que le indicara. Tan fácil como dejarse llevar por esa fuerza de vida interna que era ella misma. Tan complicado y tan simple a la vez...